

MARI JUNG STEDT

Cuando resplandece el cielo

Traducción de:
LAURA OSORIO OLAVE



MAEVA | NOIR

Los escenarios de la novela



Prólogo

LA BARRERA SE eleva y el Maserati verde menta accede a Puerto Banús, en Marbella. Una vez dentro del exclusivo puerto, el conductor del deportivo italiano realiza un giro de ciento ochenta grados y aparca frente a la elegante tienda de Louis Vuitton. A esas horas, aún no circula mucha gente por el paseo marítimo, donde se suceden coquetas tiendas de ropa, bares y restaurantes. En los muelles se concentra una gran cantidad de yates sobredimensionados en cuyas cubiertas se ve trabajar a algún que otro marinero o azafata. Sus propietarios suelen acudir esporádicamente, y es la tripulación la que se encarga de su mantenimiento y de vigilar que ningún desconocido se acerque.

El cielo está despejado y el sol se refleja en el agua; ya pega fuerte, y eso que es bastante temprano. Algunas personas pasean despreocupadas por la avenida: mujeres con tacones altos y biquinis brillantes por debajo de un fino pareo; hombres engominados con gafas de sol. Alguien lleva un pequeño chihuahua de la correa; otro, un carrito de bebé. Desde las cafeterías se oye el murmullo ligero de unos cuantos clientes rezagados que toman un tardío café con leche y un cruasán. Hay un ambiente relajado, aquí nadie se preocupa por el pago de las facturas a fin de mes.

El hombre del Maserati tiene el cabello rubio y ondulado, y lleva unas gafas de sol Chanel, con montura dorada, estilo aviador. Sale con agilidad del descapotable y entra luego a la tienda de Louis Vuitton con la natural seguridad que exhalan las personas que han nacido con dinero y desconocen otra realidad.

lado de la calle. Pide disculpas, explica su error y dice que va a buscarla y vuelve enseguida. El hombre coge dos de las bolsas, comentando que no podrá cargar con todas de una vez, que mejor aprovecha para llevarse la mitad, ya que tiene que ir al coche de todas formas. A las dependientas no les da tiempo a reaccionar antes de que salga, suba de un salto al coche y se marche disparado. Perplejas, se quedan mirándose las caras maquilladas a la perfección antes de dar la señal de alarma.

El Maserati verde se ha esfumado.

MALIN GARCÍA OBSERVABA el campo de golf desde la azotea de la mansión situada en el selecto distrito de Nueva Andalucía, que limita con Marbella. Mirase donde mirase, veía jugadores ejecutando un *swing* o dando golpes cortos con los palos sobre el *green*.

Había aceptado mudarse allí no sin cierta reserva; le había parecido una locura comprar una casa por ochenta millones de coronas suecas, y no con vistas al mar, sino a unos señores que se pasaban el día caminando de un lado a otro de un campo de hierba con bolsas de golf a cuestas. Aun cuando la casa contaba con cinco baños y suelo de mármol italiano. En todo caso, el dinero era de Ignacio, y a su esposo español le apasionaba el golf. Los momentos que no dedicaba a su trabajo o a sus funciones políticas, los ocuparía, sin duda, en la práctica de este deporte. Una estrecha valla era todo lo que separaba la casa del campo de golf. Desde el patio se oía perfectamente el zumbido de los palos, y cada vez que se tumbaba a tomar el sol junto a la piscina, temía que una bola llegara volando y le diera en la cabeza.

En fin, no podía quejarse. Ignacio cuidaba bien de ella, al menos, en lo económico. No necesitaba trabajar ni encargarse lo más mínimo de la casa. Una empresa de limpieza acudía dos veces a la semana, tenían un jardinero que cortaba el césped y podaba los setos, y un chico que quitaba las ramas y las hojas de la piscina. Durante la crianza de su hijo tuvieron siempre una

probó a emprender con su propio negocio. Sin embargo, no había conseguido ningún cliente, salvo un árabe rico que parecía estar más interesado en acostarse con ella que en decorar la nueva residencia de vacaciones que había comprado con su mujer: una casa solo al alcance de los multimillonarios, un auténtico palacio. Aparte de eso, había ayudado a alguna que otra amiga con ideas para su hogar, pero sin cobrar. Luego llegó el niño y la vida familiar la absorbió por completo. Al único interiorismo que se dedicó fue a embellecer su propia casa.

Claro que no necesitaba trabajar para mantener la economía del hogar. Los ingresos de Ignacio como director general de una importante consultoría eran muy altos. Por otro lado, viajaba mucho por trabajo y la dejaba sola con su hijo, David, en esa enorme casa. Él tenía, además, varios cometidos políticos; era concejal del Ayuntamiento de Marbella e íntimo amigo del alcalde de la ciudad.

Durante esos años en Marbella, Malin había llegado a conocer a muchos suecos con los cuales se relacionaba. Después de que David se hiciera mayor y se marchara de casa, pudo dedicarse a sí misma a tiempo completo. Salía con sus amigas a dar paseos matutinos por la playa, jugaba al pádel e iba con frecuencia a clases de yoga y a comer en algún restaurante agradable. La vida de Malin se había desarrollado de tal manera que había pasado de tener una modesta existencia en un hogar de clase obrera a frecuentar *spas*, salones de belleza y bares de copas. También tenía varios coches a su disposición en el enorme garaje y podía ir adónde quisiera.

Ignacio le proporcionó una tarjeta de crédito propia y tarjetas VIP de distintos clubes, gimnasios y balnearios, a pesar de que tenían su propio gimnasio en el sótano de la casa. Él parecía contento, siempre y cuando ella lo dejara hacer sus cosas y no lo molestase. En el fondo, Malin pensaba que su marido actuaba de un modo muy desinteresado, casi indiferente incluso. Parecía

sentirse tan seguro de tenerla que apenas la tenía en cuenta. Además, había adoptado una actitud más distante y fría últimamente. En lo político se había orientado cada vez más a la derecha y sus nuevos compromisos en un partido ultraconservador lo habían convertido en otro hombre. Incluso respecto a su escala de valores, estaban muy lejos la una del otro.

Abandonó esos pensamientos y volvió al presente. Se puso brillo en los labios, frunciéndolos frente al espejo. Ahora tenía el aspecto que se esperaba de ella.

Aunque era consciente de que, aun así, no encajaría del todo.